

Historia 13—Entrando en Jerusalén

Jesús se acercaba a Jerusalén para asistir a la Pascua. Estaba rodeado de multitudes que también subían a esta gran fiesta anual.

Por orden suya, dos de los discípulos trajeron un pollino de asna para que Él pudiera entrar montado en Jerusalén. Extendieron sus mantos sobre la bestia y colocaron a su Maestro sobre ella.

Tan pronto como se sentó, un fuerte clamor de triunfo resonó en el aire. La multitud lo aclamó como Mesías, su Rey. Más de quinientos años antes, el profeta había predicho esta escena:

«Regocíjate sobremanera, hija de Sion; ... he aquí, tu Rey viene a ti; ... humilde, y montado sobre un asno, y sobre un pollino, hijo de asna» (Zacarías 9:9).

Todos en la multitud que aumentaba rápidamente estaban felices y emocionados. No podían ofrecerle regalos costosos, pero extendían sus mantos exteriores, como una alfombra, en su camino.

Cortaban las hermosas ramas de olivo y de palmera, y las esparcían por el camino. Pensaban que estaban escoltando a Cristo para que tomara posesión del trono de David en Jerusalén.

El Salvador nunca antes había permitido que sus seguidores le mostraran honores reales. Pero en esta ocasión deseaba manifestarse especialmente al mundo como su Redentor.

El Hijo de Dios estaba a punto de convertirse en sacrificio por los pecados de los hombres. Su iglesia en todas las edades sucesivas debía hacer

de su muerte un tema de profunda reflexión y estudio. Era necesario, entonces, que los ojos de todo el pueblo se dirigieran ahora hacia Él.

Después de una escena como esta, su juicio y crucifixión jamás podrían ocultarse al mundo. Era el designio de Dios que cada evento de los últimos días de la vida del Salvador quedara tan claramente marcado que ningún poder pudiera hacer que se olvidara.

En la vasta multitud que rodeaba al Salvador estaban las evidencias de su poder milagroso.

Los ciegos a quienes había devuelto la vista iban al frente.

Los mudos cuyas lenguas había soltado, gritaban los más fuertes hosannas.

Los cojos a quienes había sanado saltaban de alegría, y eran los más activos en cortar las ramas de palmera y agitarlas delante de Él.

Las viudas y los huérfanos exaltaban el nombre de Jesús por sus obras de misericordia hacia ellos.

Los leprosos repugnantes que habían sido limpiados por una palabra, extendían sus mantos en el camino.

Aquellos que habían sido resucitados de entre los muertos por la voz vivificante del Salvador estaban allí.

Y Lázaro, cuyo cuerpo había visto la corrupción en el sepulcro, pero que ahora disfrutaba de la fuerza de una gloriosa juventud, estaba con la feliz multitud que escoltaba al Salvador a Jerusalén.

A medida que nuevos números se añadían a la multitud, estos captaban la inspiración de la hora y se unían a los gritos que resonaban y volvían a resonar de colina en colina y de valle en valle:

«¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!» (Mateo 21:9).

Muchos fariseos presenciaron esta escena y se disgustaron. Sintieron que estaban perdiendo el control del pueblo. Con toda su autoridad intentaron silenciarlos; pero sus amenazas y súplicas solo aumentaron el entusiasmo.

Al ver que no podían controlar al pueblo, se abrieron paso entre la multitud hasta donde estaba Jesús y le dijeron: «Maestro, reprende a tus discípulos».

Declararon que tal tumulto era ilegal y que los gobernantes no lo permitirían.

Jesús dijo: «Os digo que si estos callaran, las piedras clamarían inmediatamente» (Lucas 19:39, 40).

Esta escena de triunfo era del propio designio de Dios; había sido predicha por los profetas, y ningún poder terrenal podía detenerla. La obra de Dios siempre avanzará, a pesar de todo lo que el hombre pueda hacer para obstaculizarla o derribarla.

Cuando la procesión llegó a la cima de la colina que dominaba Jerusalén, el esplendor total de la ciudad se presentó ante sus ojos.

La vasta multitud acalló sus gritos, hechizada por la repentina visión de belleza. Todos los ojos se volvieron hacia el Salvador, esperando ver en su rostro la admiración que ellos mismos sentían.

Jesús se detuvo, y una nube de tristeza se acumuló en su rostro, y la multitud se asombró al verlo estallar en una agonía de llanto.

Aquellos que rodeaban al Salvador no podían entender su dolor; pero Él lloraba por la ciudad que estaba condenada.

Había sido la hija de su cuidado, y su corazón se llenó de angustia al darse cuenta de que pronto sería desolada.

Si su pueblo hubiera prestado atención a las enseñanzas de Cristo y lo hubiera recibido como Salvador, Jerusalén habría «permanecido para siempre».

Podría haberse convertido en la reina de los reinos, libre en la fortaleza de su poder dado por Dios.

Entonces no habría habido soldados armados esperando en sus puertas, ni estandartes romanos ondeando desde sus muros.

Desde Jerusalén, la paloma de la paz habría ido a todas las naciones. Ella habría sido la gloria culminante del mundo.

Pero los judíos habían rechazado a su Salvador; estaban a punto de crucificar a su Rey. Y cuando el sol se pusiera aquella noche, el destino de Jerusalén quedaría sellado para siempre. (Unos cuarenta años después, Jerusalén fue completamente destruida e incendiada por el ejército romano).

Habían llegado informes a los gobernantes de que Jesús se acercaba a la ciudad con una vasta compañía de seguidores. Salieron a su encuentro, esperando dispersar a la multitud. Con una muestra de mucha autoridad preguntaron: «¿Quién es este?» (Mateo 21:10).

Los discípulos, llenos del Espíritu de inspiración, respondieron: «Adán os dirá: "Es la Simiente de la mujer que quebrantará la cabeza de la serpiente".

»Preguntad a Abraham. Él os dirá: "Es Melquisedec, Rey de Salem, Rey de Paz".

»Jacob os dirá: "Es Siloh de la tribu de Judá".

»Isaías os dirá: "Emanuel, Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de Paz".

»Jeremías os dirá: "El Renuevo de David, el Señor, justicia nuestra".

»Daniel os dirá: "Él es el Mesías".

»Oseas os dirá: "Él es el Señor Dios de los Ejércitos; el Señor es su memorial".

Entrando en Jerusalén 49

»Juan el Bautista os dirá: "Él es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo".

»El gran Jehová ha proclamado desde su trono: "Este es mi Hijo amado".

»Nosotros, sus discípulos, declaramos: "Este es Jesús, el Mesías, el Príncipe de la Vida, el Redentor".

»Y hasta el príncipe del poder de las tinieblas lo reconoce, diciendo: "Te conozco, quién eres, el Santo de Dios"».